

¿SIGUE EL REINADO DE EDIPO?

Hugo Lerner

“Ya en tiempos de Freud los modelos estaban perimidos, eran inadecuados en todo caso a lo que exigía la revolución psicoanalítica [...] ¿Pero hoy? En la mayoría de los psicoanalistas no veo que tengan en cuenta todos los nuevos datos problemáticos del derecho nacional e internacional (“crimen contra la humanidad”, “Genocidios”, “limitación de la soberanía”, proyecto de tribunal penal internacional, problemas o progreso del abolicionismo en materia de pena capital, etcétera). Desde este punto de vista, y a pesar de las excepciones, el discurso institucional del psicoanálisis parece arcaico. A veces al punto de ser cómico.” — J. Derrida¹

“Narciso representa un papel más importante que Edipo en cuanto a la dilucidación de las perturbaciones más profundas de la psiquis humana; la supervivencia ocupa un espacio más fundamental en el inconsciente que el conflicto edípico, hasta el punto que para algunos la problemática del deseo incluso puede aparecer como un lujo.” — J. McDougall²

Este no es un trabajo al modo clásico, sino un conjunto de ideas tanto más como de otros psicoanalistas, que espero cumplan con la invitación que me ha hecho la comisión del simposio de APDEBA: plasmar una serie de reflexiones que funcionen como disparadores y que eventualmente promuevan otras, para así ir formando un entretejido de pensamientos.

Estamos en un momento del desarrollo de nuestra disciplina en que hay que atreverse a cuestionar y ampliar los paradigmas que en muchos casos han contribuido a la evolución de nuestras teorías pero que en otros han funcionado como obturadores de la posibilidad de los cuestionamientos y cambios que imponen las variaciones de la subjetividad contemporánea.

Sabemos que Freud instituyó el complejo de Edipo como un compuesto de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus progenitores, ya sea en la forma del complejo de Edipo positivo o negativo, según su diferenciación. También planteó que ambas representaciones se encuentran, en diferentes niveles, en la denominada forma completa del complejo de Edipo.

Este concepto ha llevado a que durante muchos años se tomase al complejo de Edipo como un paradigma que había que descubrir e interpretar en todo análisis “bien llevado”. Tanto es así que se arribó a situaciones algo ridículas, por lo forzadas: por ejemplo, pretender que, ya sea dentro del marco transferencial como fuera de él, “el amor al progenitor del mismo sexo y el odio al de sexo opuesto” era una suerte de ley.

Esta posición clínica siempre me ha producido un profundo rechazo y, en paralelo, una adhesión cada vez mayor a lo que para mi es central en la formulación freudiana: el papel del complejo de Edipo para comprender la estructuración de la personalidad y la orientación del deseo humano. Este es, en síntesis, un excelente modelo explicativo de la estructuración psíquica, pero en la actualidad no es lo único que se debe tener en cuenta.

Los psicoanalistas han hecho del complejo de Edipo un eje referencial cardinal de la psicopatología, pretendiendo establecer para cada cuadro patológico las particularidades de su trayectoria y resolución. Más aún: se ha centrado en el devenir del Edipo la producción de subjetividad.

¿Hoy se piensa así, o debemos ampliar las fronteras del complejo de Edipo para com-

¹ J. Derrida y E. Roudinesco, E., *Y mañana qué...* Fondo de Cultura Económica, México, 2003., pág. 195.

² J. McDougall, *Alegato por cierta anormalidad* (1978). Buenos Aires, Paidós., 2004.

prender tanto las patologías actuales como al sujeto de la contemporaneidad?

¿No hay que repensar el concepto del Edipo en el hombre y en la mujer para dar cuenta, por ejemplo, de las problemáticas de las neosexualidades así como para debatir los temas relacionados con el género y las nuevas parentalidades entre otros? Insisto: ¿Es dable pensar hoy igual que Freud acerca del Edipo en el hombre y en la mujer?

Reflexionemos: ¿No debemos cuestionar y replantearnos algunos derivados teóricos del Edipo? ¿Es posible sostener en la actualidad la noción falocéntrica? ¿No debemos reformular lo que se entiende por angustia de castración? Cito a Silvia Bleichmar: “El descubrimiento freudiano de la angustia de castración se revela insuficiente para analizar hoy a nuestros pacientes, y la reducción de cualquier angustia narcisista a esta última se muestra empobrecedora y pliega nuestro trabajo sobre enunciados repetidos”.³

Para fortalecer y renovar el lugar del Edipo hay que salirse de la comodidad explicativa de tener una sola mirada. Es difícil afirmar en nuestros días que un elemento resulta esencial, nodular y casi inexorable para sustentar una teoría, mucho más cuando estamos atravesados por el paradigma de la complejidad. Me resulta imposible pensar en algo “central”; ni el Edipo ni ningún otro concepto debería ser obturante. La subjetividad está siempre multideterminada.

Los pacientes actuales, con sus quiebres narcisistas y subjetividades turbulentas, nos enfrentan al imperativo de apartarnos de los posicionamientos rígidos y las ortodoxias de parroquia para situarnos en un territorio de apertura y actuar como anfitriones de todas aquellas disciplinas y campos del conocimiento que enriquezcan, como diría Foucault, nuestra caja de herramientas. Es fundamental “dialogar” con los representantes de otros campos teóricos.⁴ Si insistimos en que “lo edípico es central” como modelo explicativo y no generamos diálogos transdisciplinarios e interdisciplinarios, correremos el peligro de convertirnos en aquellos psicoanalistas que Derrida describe y critica en el epígrafe de este trabajo.

Las convulsiones contemporáneas en la subjetividad nos fuerzan a ensamblar las conceptualizaciones del sujeto y de la producción de subjetividad sin descuidar el contexto sociohistórico en que dicha producción se desarrolla. Castoriadis⁵ ha planteado con contundencia la manera en que lo histórico-social incide en la producción de subjetividad. Es contundente: no solo el Edipo es el que interviene para que alguien devenga en sujeto.

El Anti-Edipo de Deleuze y Guattari –que tanto lugar ocupa en muchos grupos psicoanalíticos– no pone en duda la realidad de la tríada papá-mamá-niño, su dinámica o su papel; lo que cuestiona es que esa tríada sea tan determinante para la constitución del yo y de los deseos –o los delirios del yo como (según estos autores) lo quiere hacer ver (o creer) el discurso psicoanalítico tradicional. Esta obra plantea que los inconscientes no tienen como fundamento a la familia, sino a la comunidad del campo social en tanto que objeto de la investidura del deseo. La familia nunca es determinante, sino que es determinada: en principio, como estímulo de partida, a continuación como conjunto de llegada, y por último como intermediaria de la comunicación.

Estemos o no de acuerdo con esta mirada, hoy se nos impone realizar una visita a los autores que cuestionan los principios clásicos del psicoanálisis.

Reflexionemos en lo que nos están mostrando los avances en la biología, por ejemplo en las madres que han recibido donación de ovocitos y han “alquilado” vientres. El padre es ubicado por su aporte genético, pero el niño puede nacer de por lo menos tres madres. ¿Cuál es la

³ S. Bleichmar, “Qué permanece de nuestras teorías sexuales para la práctica actual”, Seminario, Clase 1, 12-4-04. Puede consultárselo en www.silviableichmar.com

⁴ H. Lerner, “Narcisismo trófico y narcisismo convulsionado. De la calma a las agitaciones subjetivas”, en *De pánicos y furias. La clínica del desborde*, Ed. APA-Lugar, Buenos Aires, 2016.

⁵ C. Castoriadis, C., *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1998.

verdadera? ¿La que donó los ovocitos? ¿La que prestó el vientre para portar al feto durante la gestación? ¿La que adopta y cría al niño? ⁶

“Se distinguen así –dirá E. Roudinesco– una madre genética, una portadora (o sustituta) y una llamada social” ⁷.

La biología ha permitido en nuestros días generar familias cuyos orígenes eran impensables en la época de Freud. ¿Cómo conceptualizar el Edipo en estas familias?

Hoy estamos atravesados por la desmesura de lo diverso, por aquello que no logra ser encasillado, universalizado, asegurado. Esto genera un abanico de posibilidades simbólicas, con lazos más o menos estables, aunque no seguros. En estos casos, ¿explicaremos el Edipo como en los comienzos de nuestra disciplina o debemos ampliar nuestra mirada? Yo creo que el Edipo ya no se presenta como antes ni tampoco alcanza para dar cuenta de la complejidad de la subjetividad contemporánea.

Sylvia Bleichmar ⁸ afirma: “Siendo el niño parasitado sexual y simbólicamente por el adulto en la medida que este introduce formas de la sexualidad en todos los cuidados precoces que le brinda, el complejo de Edipo debe ser reinventado haciendo girar la flecha con la que Freud lo había pensado”. (Como vemos, introduce con fuerza la función del contexto)

E. Roudinesco, en el libro ya citado, se pliega a esta orientación: “Freud sostiene la tesis de un monismo sexual y de una esencia masculina de la libido. En esta perspectiva de una libido única, apoyada en las teorías sexuales inventadas por los niños, mostraba que en el estadio infantil la niña ignora la existencia de la vagina y considera el clítoris como un homólogo del pene. La sexualidad de la niña se organiza alrededor del falicismo. A partir de 1920 esta tesis freudiana fue objeto de impugnaciones de los kleinianos, quienes criticaron, con justa razón, la extravagante hipótesis de la ausencia en la niña de la sensación de la vagina y opusieron una concepción dualista a la noción de libido única”. Claramente, a esta autora la hipótesis freudiana le resulta desatinada. Y sigue diciendo: “Según Freud, para alcanzar su plena madurez sexual, la mujer debe renunciar al placer clitoridiano en beneficio de su placer vaginal. ¿Por qué una tesis tan extravagante? La mujer bajo la forma de madre es excluida por Freud de la escena original del asesinato del padre, cuyo motivo era ella. Y por esa razón, además, puede convertirse en la esposa del hijo en la familia monógama edípica. Pero con la condición de renunciar a ese clítoris infernal, fuente de misticismo o delirio. Ese renunciamiento tiene su corolario en el destino masculino. Pues para ser civilizado y satisfacer a la mujer, el hombre freudiano debe controlar la sexualidad salvaje que ha heredado del padre de la horda y aceptar la declinación de su antiguo poder”

Me identifico con la posición de Hornstein ⁹ cuando plantea que en nuestros días no resulta vigente ya ningún concepto freudiano que no esté atravesado por todos los desarrollos posfreudianos y por el horizonte epistemológico actual. Este autor plantea que jamás pensaría hoy que la mujer está efectivamente castrada y que el hombre está amenazado de castración, o que no hay superyó en la mujer. Sugiere que estos conceptos fueron consecuencias de un Freud que era producto de su época, un sujeto ideológico, porque Freud, nos recuerda, era un sujeto de su cultura. Dice Hornstein: Freud pensaba que Isabel de R. era “masculina” porque pretendía estudiar medicina; si un psicoanalista actual se diera una vuelta por la facultad de medicina o por las residencias médicas, jamás se le ocurriría decir eso. Este autor continúa afirmando que el complejo de Edipo ya no es un mero episodio sino que es *el conjunto de la trama relacional entre niño, padre y madre*. Y esa trama relacional es constitutiva de la subjetividad.

⁶ D. Waisbrot, “El Edipo después del Edipo. Recorridos actuales del psicoanálisis”, en *Más de un otro*, Psicolibro Ediciones, Buenos Aires, 2010.

⁷ E. Roudinesco, *La familia en desorden*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires., 2003

⁸ S. Bleichmar, S., *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

⁹ L. Hornstein, L., Clases del curso anual de la Fundación de Estudios Psicoanalíticos (FUNDEP), 2008.

Esta posición me parece importante: Hornstein no habla de estructura edípica, sino de trama vincular, porque si bien el Edipo es una trama que tiene organización, también hay acontecimientos que van modificando esa organización. Y entonces cuando un niño recorre su propia infancia y cuatro años después nace un hermano, no se encuentra con la misma trama; primero por la presencia misma de ese hermano y, segundo, porque a sus padres, como sujetos históricos, pudieron pasarles en esos cuatro años muchas cosas determinantes: conflictos entre ambos, muerte de sus propios padres (los abuelos del niño)... un cúmulo de situaciones que modificaron la trama vincular.

Kohut plantea dos escenarios que se refieren al hombre culpable y al hombre trágico. El hombre culpable sería el hombre atrapado por la culpa de haber matado al padre —de acuerdo a la tragedia de Edipo—, el hombre aprisionado por la conflictiva edípica. Y el trágico es el hombre contemporáneo, que es el hombre del vacío, o sea, que no está tan atravesado por la problemática edípica sino por su dificultad para la narcisización —Kohut diría en su *self*, yo diría en su yo—.

Con otra terminología, Green planteó que en la contemporaneidad estamos mucho más atrapados por Hamlet que por Edipo. El hombre trágico para Kohut sería para Green el hombre atrapado por Hamlet, cuya problemática no tiene tanto que ver con la castración — tener o no tener— sino con ser o no ser.

Entonces, apartado el Edipo de su perspectiva hegemónica, despojado del falocentrismo y de la teoría de la castración como entidad casi indiscutible, ¿qué queda de él? ¿Qué perdura del Edipo de comienzos del siglo XX en la familia del siglo XXI, con sus incertidumbres en torno de la maternidad? ¿Qué persiste hoy, en la diversidad más absoluta de lazos sociales inmersos en ese “algo” que podemos llamar “familia”? ¿Quedan atisbos que nos sugieran una posible universalidad?

Tanto con relación al Edipo como a otros tantos conceptos, se debe imponer entre los psicoanalistas una serena reflexión, que nos permita superar las posiciones signadas por los enfrentamientos parroquiales, sin por ello dejar de lado la idea de recrear una memoria integral, a la que nunca se llegará por el camino de la parcialización de la historia de los conceptos. Los descubrimientos teóricos del pasado son, sin lugar a dudas, importantes, pero lo serán más si nos permiten cuestionarlos y superarlos cuando corresponda.